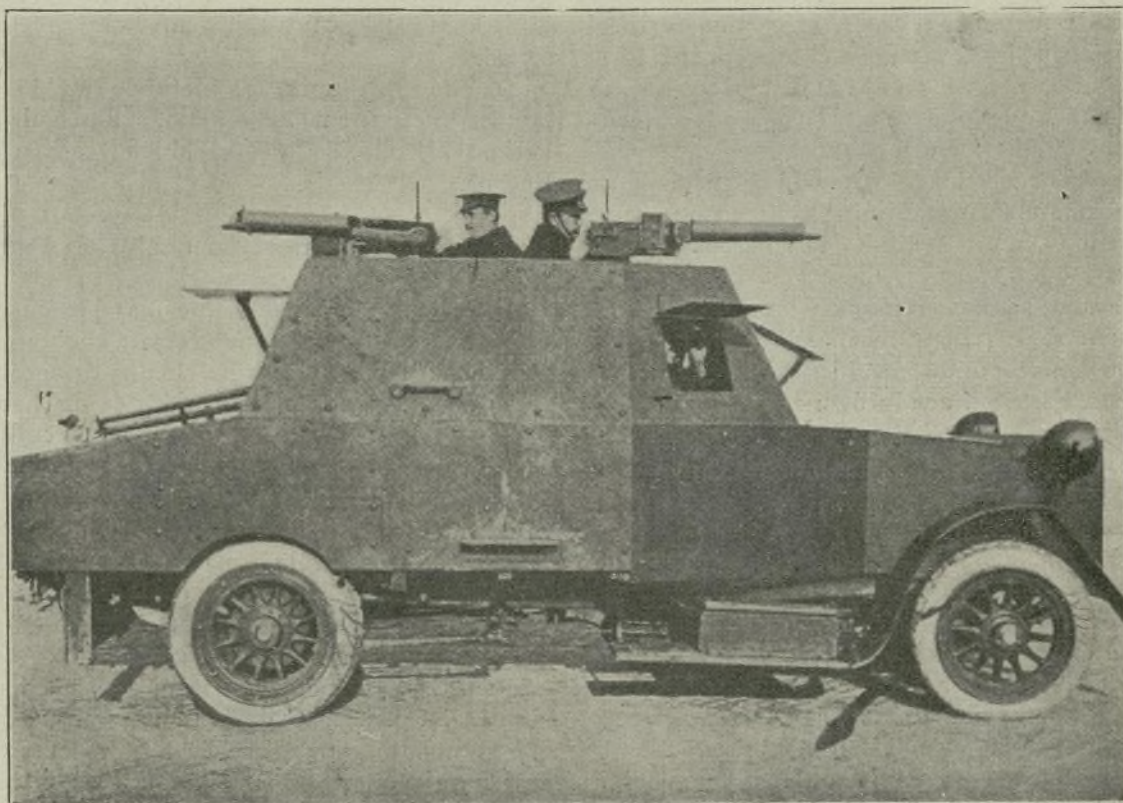


# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 109.—BARCELONA 26 DE MAYO DE 1916



Automóvil acorazado inglés, armado con ametralladoras

## CRONICA INTERNACIONAL

I. Cambio de orientación de Rusia —II. Una grave cuestión social en Francia.—III. Síntomas de ruina

### I.—Cambio de orientación de Rusia

Rusia parece resignada a sufrir una amputación en sus territorios europeos, aunque otra cosa digan, porque les está vedado otra cosa, sus gobernantes y personajes oficiales. Los escarmientos sufridos, cuantas veces han tratado de forzar los ejércitos rusos las defensas austro-alemanas, han sido demasiado grandes y sangrientos para que nadie se forje ilusiones. Bien está que a los confiados patriotas franceses y a las muchedumbres inglesas se les señale como faro de salvación la existencia de millones de hombres en el Imperio blanco; pero los súbditos del Czar no fantasean, porque ven las cosas de cerca y saben que el coloso abunda tanto en linfa como escasea en nervios y músculos. Este estado de opinión ha salido a la luz pública y se ha reflejado en la Duma.

Hay en Rusia, y de él se habla en el Parlamento y en todas partes, una masa de gentes a las que se

llama «partido de la derrota». La frase es impropia; no es que haya partidarios de la derrota, sino simplemente de aceptar las cosas tal como son, y declararse impotentes frente al poderío militar del enemigo; es decir, evitar sacrificios futuros, inútiles, o tal vez contraproducentes, y conformarse con el destino, convencidos los que así opinan que cuanto más dure la guerra, más dañada resultará Rusia, mientras que una paz independiente tal vez devolviera al Imperio gran parte de lo que le ha sido arrebatado por la fuerza.

Los elementos directores no se quedan rezagados, en sus jactancias y bravuconerías, con respecto a sus colegas de Francia e Inglaterra. En el Este, como en el Oeste, se manosea «la victoria final» y se trae y lleva «la reserva de millones de soldados», con la diferencia de que, así como en el Oeste se aparenta confiar en la muerte por inanición de los Imperios centrales, en Rusia no se toca este punto, sin duda porque allí las privaciones y angustias de la

población civil exceden en mucho a las de los pueblos enemigos, más afortunados.

Pero, ¿son tan optimistas como proclaman, esos elementos directores? Nadie lo diría, a juzgar por el curso que han impreso a las operaciones militares. Rechazados los rusos en Europa, su actividad tiene por teatro, hace muchos meses, el Asia, y aun dentro de Asia se desenvuelve con diferente intensidad, según la región en que se manifiesta.

En la Armenia, reconoce ya la prensa moskovita que los turcos no han sido derrotados; Erzerum y Trebisonda fueron evacuados, el ejército turco se replegó sin apenas combatir y el ruso ocupó parte del territorio, no todo, cedido por el primero. Esto da a entender que los generales rusos no creen definitiva la conquista; temen que, como consecuencia, bien de otras operaciones, ora como resultado de las negociaciones de paz, Turquía recobre lo que se le ha quitado, y en este concepto sería necio entablar terribles batallas y distraer fuertes masas sin resultado. El avance ruso en Armenia tiene los caracteres de apoderarse de valiosos rehenes, más que de una invasión con propósitos manifiestos y resueltos de conquista. Flota allí una incógnita, que ni turcos ni rusos sienten vivos deseos de despejar; está supeditada a lo que acontezca en otra parte.

Contrastando con lo que sucede en el Cáucaso, Rusia obra con extremada diligencia en Persia. Sus tropas se extienden hacia el S. y guardan la precaución de no acercarse demasiado a las fronteras turcas de Mesopotamia, sin duda para no despertar los celos y los consiguientes contraataques de los otomanos. Si el Norte de Persia, menos una faja fronteriza, cae en sus manos, esta faja se le dará luego por añadidura, sin necesidad de conquistarla.

Era tradicional en Rusia el deseo de poner la mano sobre Persia. Inglaterra se opuso siempre a estos propósitos. La presente ocasión no puede ser más favorable al Gobierno del Czar, porque Alemania, que también había opuesto su veto, está entretenida en otros frentes, e Inglaterra se encuentra con los brazos atados. Bien pocas semanas hace que la prensa inglesa veía en los rusos que descendían por Persia, los futuros libertadores del general Townshend, sitiado en Kut-el-Amara, y les invitaba a precipitar su marcha en dirección a Bagdad. Lo crítico de la situación puso una venda en los ojos de esa prensa, de ordinario tan despierta; no tardará en dar señales de mal humor, pero ya los rusos tendrán ganada la mitad de la partida, estarán a medio camino.

Si nadie les ataja, y es dudoso que los turcos puedan distraer fuerzas con este objeto, es por lo menos dudoso que se consiga arrojar a Rusia de la porción de Persia que ha ocupado. Perderá, tal vez ha perdido ya, algunas provincias europeas, pero si se conforma o se la obliga a ello y además ha de devolver una porción mayor o menor de Armenia, ¿cómo exigirle que evacue Persia? No será Alemania la que apriete mucho en ese sentido; interesada en desviar hacia Oriente la expansión rusa, y conviniéndole que resurjan de nuevo y pronto los antagonismos entre Inglaterra y Rusia, no impondrá otra condición que la de substituir ella, Alemania, la acción comercial, industrial y económica que ejercía Inglaterra en Persia; quedarán así satisfechos los deseos

de Rusia y Alemania, con menoscabo de los objetivos británicos, y el Gobierno de Berlín concentrará sus miras en Turquía Asiática. No hay que olvidar que si Alemania es enemiga natural de Rusia en Europa, ha de perseguir como solución salvadora la amistad de Rusia en lo que atañe al continente asiático, frente al adversario común, Inglaterra.

Los acontecimientos marchan por este camino. Se diría que los gobernantes rusos parecen comenzar a darse cuenta de los verdaderos intereses de su Imperio y trasladan de centro su política, orientándola hacia lo que debe constituir siempre su anhelo nacional.

De esto se vislumbra un profundo cambio en la política internacional del mundo, al día siguiente de haberse restablecido la paz. Mucho convendría a Europa.

## II.—Una grave cuestión social en Francia

Uno de los problemas que más preocupan en Francia, es la situación que se creará al obrero después de la guerra. La movilización ha arrancado de sus hogares, lo que equivale a decir de sus habituales ocupaciones, a toda la población masculina de 18 a 48 años. Esto condenaba a la muerte a multitud de pequeñas y grandes industrias y a una buena parte del comercio. La necesidad de vivir se ha impuesto, y gradualmente la mano femenina de obra ha substituido a la masculina, habiéndose normalizado el trabajo en muchos establecimientos.

Los patronos se muestran satisfechísimos con el cambio. La perfección de la labor en nada ha disminuido, y los jornales de las obreras son más bajos que los salarios que se pagaban a los obreros, lo cual permite aumentar las ganancias o entablar la competencia con más probabilidades de éxito. Además, no es de temer en un largo plazo la formación de sindicatos y sociedades obreras de resistencia, con su cortejo obligado de imposiciones y huelgas, que se traducen en aumento en el precio de los artículos y en gastos innecesarios. Se comprende que la presencia de obreras en los talleres, con carácter casi general, haya mitigado en una parte no pequeña de la nación el duelo y desazones dimanantes de la guerra.

La cuestión que se presenta es esta: ¿se conformarán las obreras y los patronos con abandonar sus puestos el día que sean licenciadas las tropas? De temer, o de celebrar, es que la respuesta sea negativa. La substitución del personal femenino por el masculino, tampoco podría ser total, porque gran número de franceses han perecido en los combates o han quedado inutilizados de resultas de las lesiones recibidas. ¿Se pretenderá suplir las faltas llamando a obreros extranjeros, con perjuicio de las mujeres francesas que han contribuido a que no perezca su patria? Sería una injusticia tremenda y una medida poco política.

De aquí que los pensadores se preocupen con razón de lo que pueda ocurrir el día de mañana. El antagonismo entre hombres y mujeres, suscitado o apoyado por la masa de los patronos, puede degenerar en una grave cuestión social y repercutir en lo que ha dado en llamarse despoblación de Francia, por la escasez de nacimientos, comprometiendo

para un porvenir relativamente próximo, la existencia de la nación.

Hasta ahora, la única panacea que se ha encontrado es la misma que se emplea para mantener el fuego sagrado de la esperanza en el espíritu público: artículos de periódico y discursos, en los que se exhorta a las mujeres a dejar sus puestos y cedérselos a los soldados licenciados, recluyéndose en las cocinas domésticas, donde les aguardan todo linaje de dichas y bienandanzas. Estos argumentos es posible que convenzan a sus autores, pero ejercerán de seguro escaso efecto en las interesadas, para quienes no hay mejor discurso que el prosaico de la vil ganancia. Bien mirado, también no pocos de los hombres que acaudillan las campañas de la prensa, se mueven por la misma clase de razones.

Este mismo problema toca también de cerca a las demás naciones beligerantes, pero en ninguna de ellas está complicado, como en Francia, con la cuestión social en conjunto. En Inglaterra y el centro de Europa hay más disciplina en las masas y ha habido más previsión por parte de las autoridades; en Italia no ha alcanzado caracteres tan vivos, por predominar la población agrícola. En Francia, el problema ha surgido por la fuerza de las circunstancias, sin que lo advirtieran los gobernantes; consecuentemente, no ha sido encauzado y dirigido, y tal vez se resuelva por sí mismo, como ha nacido, por medios violentos y con formas iracundas. No sólo debe de preocupar en los pueblos beligerantes, sino también en los demás Estados europeos. Se creará, en efecto, un nuevo régimen de trabajo, sobrevendrá una crisis general, y los partidos extremos encontrarán nuevos prosélitos y tal vez evolucionen en sentidos poco convenientes al sosiego público. En el fondo, esta cuestión, eminentemente social, lo es también económica; y nadie puede ser tan cándido que crea posible el substraerse a sus salpicaduras. Nada perderíamos con seguirla de cerca, más que por mera curiosidad o snobismo, por interesarnos de cerca.

### III.—Síntomas de ruina

Algo ha ocurrido en el seno de los aliados, poco favorable a la unidad de acción y de miras a que tendían. La causa de un cierto principio de desavenencia se ignora; puede haber aparecido con motivo del fracasado acuerdo económico, acaso no es ajeno a ella lo que acontece en Verdun, tal vez la franca actitud de Rusia en lo que atañe al porvenir del Asia occidental... Sea como fuere, no cabe negar que la alianza está en un principio de crisis, provocada por Italia y Rusia, frente a Inglaterra y Francia.

Se lamenta Rusia, como hemos dicho varias veces, de que la principal carga de sangre de la guerra la está soportando ella, sin que los demás aliados hagan otra cosa que esperar y reservar sus fuerzas. Además, económicamente y en la situación interior, Rusia es también la más perjudicada, y sería excesivo pedirle que continuara luchando por los franco-ingleses y abandonara sus miras tradicionales sobre Asia. Inglaterra, que advertía hace tiempo, esa tendencia en la opinión rusa, hizo cuanto pudo por detenerla; fracasaron las campañas de prensa y los intercambios, o visitas hechas y devueltas, de escritores, artistas y políticos. El pueblo tiene demasiado

cerca los daños, para que se los oculten los lirismos y las sutilezas. No habiendo conseguido nada Inglaterra, ha ocupado su puesto Francia, que en concepto de acreedora principal de Rusia espera ser más atendida. A las misiones militares en Rusia, seguidas siempre de un grave descalabro militar, han sucedido las diplomáticas. Algunos miembros del Gobierno francés se han trasladado a Rusia, no para estrechar la alianza, que no corre peligro por ahora, sino para evitar que la frialdad de relaciones anglo-rusas tome un cariz más grave. Es indiferente que Viviani consiga o no llevar a feliz término su misión. En estas materias ocurre como en los edificios que se cuartejan: se tapan, se disimulan las grietas, pero cuando éstas provienen del cimiento, más o menos tarde el edificio se derrumba.

La insurrección de Irlanda y lo que está ocurriendo hace muchos meses con los famosos ejércitos ingleses, que nunca acaban de organizarse, han contribuido al gesto de desagrado y cansancio de Rusia. Ella está pagando los vidrios rotos, mientras Inglaterra alardea de su fortaleza y de ser la que vencerá al enemigo. Estas frases podrán impresionar a algunos neutrales, que nada tienen que perder en esta guerra, pero no las aprecian tan candorosamente los pueblos que han derramado mares de sangre, mientras los *redentores* permanecían asomados a la ventana, como simples espectadores.

Italia, a su vez, asfixiada por las exigencias e imposiciones de Inglaterra; disgustada porque ni esta nación ni Francia la apoyan en sus pretensiones sobre Albania, contrarias a los intereses serbios y griegos; y resentida en su amor propio por la poca delicadeza con que la trata la prensa francesa, se está preocupando más del porvenir de lo que convendría a las dos grandes potencias occidentales. Pese a las invitaciones apremiantes que se le han dirigido, no ha querido declarar la guerra a Alemania; se ha resistido a enviar tropas a Salónica, que insistentemente le fueron pedidas, porque allí se encontrarían frente a los soldados del Kaiser; y su prensa ha suavizado, en general, el lenguaje que emplea, hasta el punto de que Italia es, de todos los pueblos aliados, quien con más moderación se expresa al referirse a sus adversarios. Al cabo de un año de guerra, se confirma la primera impresión: Italia persigue su objetivo particular, pero no lucha por *los objetivos de Francia e Inglaterra*, muy al revés de la cándida Rusia. Fracasaron las gestiones de los políticos franceses, y las están reiterando los británicos. Pero no conducirán al resultado deseado por Londres, interín Inglaterra no abarate los fletes y los precios de algunas primeras materias; para ello tendría que perjudicarse a sí misma en el aspecto financiero; de esta suerte se encuentra Inglaterra, en lo que a Italia concierne, en un conflicto entre sus conveniencias militares y sus intereses económicos.

Teniendo presente todo esto, es pueril el hablar de la unidad de acción del mando único y demás soluciones teóricas que se han preconizado para obtener la victoria. El tinglado de la alianza no se desmorona, porque cada uno de sus puntales teme ser aplastado si se aparta de los demás, pero no porque ninguno de ellos confíe en la solidez del conjunto. Si la diplomacia de los Imperios centrales obrara con rapidez y franqueza, inmediatamente después de

un éxito militar, no sería difícil que ocurrieran grandes sorpresas.

Entre tanto, no deja de ser curioso el cuadro: Bélgica y Serbia olvidadas, Francia detrás de Rusia, é Inglaterra detrás de Italia; Irlanda oprimida, Grecia atropellada; la situación de los Imperios centrales cada vez más firme; y los aliados entregados al divertido pasatiempo de conjugar en todos los tonos la victoria final. Si las cosas caen del lado a que se inclinan, como se dice vulgarmente, no se concibe que esta guerra pueda prolongarse todavía, en todos los frentes un año más.

F. LARIN.

golpe de gracia al enemigo. Y los ejércitos, aquellos ejércitos que derrotaron a los cipayos, y a los egipcios, pasando por Jartúm, y a los boers, pasando por mil vergüenzas, y a los tibetanos, y a los negros de Africa, darían a conocer a los alemanes la furia y la eficiencia británicas. Quien relea los periódicos ingleses de aquellos días, se sentirá movido a risa. ¡Cuántas ridiculeces se escribieron y qué de bravatas se oyeron! Ahora... no es envidiable el amargor que habrá quedado en los paladares ingleses. ¡Ya era hora de que el jaque tropezara con un adversario que habla poco, pero que obra mucho! ¿Cómo no han de regocijarse las víctimas?



Prisioneros rusos leyendo noticias de sus casas

## EL FANTASMA

¿Recuerda el lector la despreocupación, la alegría, con que los gobernantes ingleses metieron a su país en la guerra, sin que la Gran Bretaña apenas se enterase? ¡Por fin iba a caer en manos de Inglaterra el comercio alemán, deshecho para siempre! ¡Qué amenazas a los teutones! Con lo menos que se les conminaba era con destronar al Kaiser, liquidar y disolver el Imperio, cercenar a Prusia, apoderarse de los barcos alemanes. ¡Qué elogios tan estupendos a la marina inglesa, esa marina que daría inmediatamente el

Examinemos las glorias inglesas. Un puñado de alemanes, que en junto no llegan a cinco millares, contienen más de un año en las posesiones de Africa el aplastante y grandioso poderío de la omnipotente Albión; algunos generales ingleses se ponen enfermos, y ya sabemos lo que en la guerra esto significa. Pero esta es la página más gloriosa de aquel Imperio británico que tanto presumía; pasemos adelante.

Comienza la acción militar con el desastre de Mons. Joffre se compadece del maltrecho ejército de French y lo lleva a retaguardia, lo cubre con ejérci-

tos franceses para que el enemigo no acabe de disolverlo. En el avance del Marne al Aisne, intimidan hasta tal punto las tropas inglesas a las alemanas, que éstas le oponen, por todo reparo... ¡una cortina de caballería! según después se ha sabido. En medio del entusiasmo de la multitud, marchan unas brigadas inglesas a Amberes, que con este apoyo será invencible y se burlará de los ataques teutónicos; no es de extrañar que a los pocos días esas brigadas, atacadas, con los belgas, por un puñado de alemanes, fueran desarmadas en Holanda, salvo unos pocos hombres que a uña de caballo, como antes se decía, pudieron llegar al litoral del mar del Norte. Ya ex-

Centenares de miles de britanos aguardan arma al brazo, junto al canal de Suez, la acometida de unos pocos centenares de turcos, que hacen sus pinitos, y dan algunos sustos a los guardianes. No es extraño que éstos llamen gentes en su ayuda.

Constantinopla va a caer en manos de Inglaterra; ¿quién lo dudará? Lo pregonan hombres eminentes y las Cámaras se preparan a estremecerse de entusiasmo. Para no quedar en mal lugar, los ingleses escriben aquella gloriosísima página, asombro de las generaciones venideras, de la retirada de Gallipoli. ¡Lástima que en la proeza nunca vista les acompañaran los franceses!



Cocina de un regimiento inglés, instalada en una cueva

tendido el frente hasta Dixmude, el buen Joffre, siempre desinteresado y previsor, pone tropas francesas a uno y otro lado de los ingleses que, reducidos a un corto frente, llaman a su lado a canadienses, australianos, indostánicos, zelandeses, etc., etc. Desde entonces, el famoso ejército británico sufre de vez en cuando algún revés y se limita, con la vista, a usar anteojos de aumento, que le producen la ilusión de que tiene ante sí nuevas legiones de Xerxes, y con la voluntad a anunciar la ofensiva para el momento oportuno, que claro es que nunca llega; tal vez aguarda que los alemanes capitulen de cansancio.

Los turcos con quienes hasta los rusos ¡los pobres rusos! se atreven y que son derrotados en Armenia, se permiten vencer a los ingleses, vencerles repetidamente, y apresar a la división del general Townshend. ¿Quién iba a decir a Inglaterra que llegaría tan a menos? Los turcos son derrotados por los búlgaros, por los serbios, por los griegos, por los rusos... ¿qué de extraño tiene que hayan sentado la mano a los ingleses?

De la marina, no hablemos. A igualdad de fuerzas (Coronel) los barcos ingleses se hunden en el mar; sólo sucede lo contrario cuando los combates

son simples ejercicios de tiro al blanco. Por lo demás, el lector sabe perfectamente, sin necesidad de recordárselo, que las únicas noticias que se reciben de las hazañas de aquella colosal escuadra, son las de irse a pique hoy un barco, mañana otro, y pasado un tercero.

¡Oh, Britannia! ¿Dónde están tus laureles militares y navales? Serán acaso los que has recogido en Irlanda? ¿Por ventura los difieres para mejor ocasión? Pero ¡no! Existen, son positivo; y hora es de presentarlos a la luz pública. *À tout seigneur*, dicen nuestros vecinos, *tout honneur*! Satisfecho puede estar el nuevo Imperio sucesor de Cartago.

Grecia invadida, bloqueada, tratada sin miramientos; Portugal, a rastras de Inglaterra; prohibición de comerciar con un gran número de casas de pueblos neutrales, entre los cuales no figuran los poderosos; registros de barcos neutrales, detenciones, capturas, apresamientos de viajeros; obligación de consumir carbón inglés y prohibición de quemar carbón alemán; confiscación de patentes y marcas de fábrica... todo un rosario de protecciones al derecho y a la libertad; y la igualdad descollando, porque si a los britanos se les encuentra apenas donde hay que combatir, en cambio están infestados de ellos las tierras y los mares que los neutrales creían, ¡cándidos!, apartados del área de la guerra. Esta es la síntesis, que no son capaces de desvirtuar las más bellas palabras ni los más ciegos apasionamientos.

Volvamos a repetirlo: ¿cómo no han de regocijarse las víctimas? El fantasma no era más que un hombre entrado en años, en plena decadencia, cubierto con un lienzo blanco y haciendo sonar una cadena; todos saben ya quién es, pero los niños y los que no pueden valerse por sí mismos, aún le temen. ¿Durará mucho tiempo esa comedia tan trágica para los débiles y tan funesta para todos?

.....

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### Receta contra la tristeza

—Es inútil, señor A, no me convencerá V. con sutilezas y distingos. Los unos tratan de tranquilizar al país razonando, argumentando y explicando, y los otros dicen lisa y llanamente lo que merece ser conocido y... pare V. de contar.

(El señor A).—Con el método francés, el lector no sólo se entera de lo que ocurre, sino que además forma juicio y aprende a juzgar los hechos. Con el sistema alemán, no.

—Es decir, que V. cree que los franceses no saben discurrir por cuenta propia, al revés de lo que les sucede a los alemanes. ¡Vaya un concepto bonito que tiene V. de sus amigos!

(El señor B).—No hay para tanto. ¿Cuál es el tema? ¿Que los partes franceses son interminables, difusos, y pretenden explicar lo acontecido y lo pasado y lo futuro, mientras que los partes alemanes despachan la misma labor en cuatro palabras? Cuestión de temperamento nada más. El francés necesita hablar y que le hablen mucho, al contrario de su enemigo. Ello es hijo de la sangre meridional y no debiera V. atribuirle una importancia de que carece.

—¿Cómo explica V. que los rusos incurran en la misma puerilidad? ¿También son meridionales los rusos? Si dijera V. los italianos, pase, pero... ¡los rusos!

(El señor B).—Son consecuencias de la alianza y de la más elevada intelectualidad francesa.

—Yo creo que son consecuencias de otra cosa, cuyo nombre más pudoroso es «desgracia».

(El señor A).—No es V. voto de calidad en la materia. Los lectores franceses y rusos encuentran de perlas el procedimiento y no se le va a cambiar por darle a V. gusto.

—Ni lo deseo. Recordaré siempre aquellos tiempos en que los franceses iban a la escuela...

(El señor A).—Pronto empieza V. con sus ironías y exageraciones. ¿Escuela, dice V?

—Sí, aquellos tiempos inolvidables en que los franceses *progresaban* diariamente, y como no se movían del mismo sitio he de suponer que sus progresos eran en los estudios. Pues, en aquellos períodos de los *progresos*, nos colocaban cada día los galos media o una columna completamente hueca, porque en el fondo no decía nada. Contrastando con esa locuacidad, de vez en cuando llegaba un despacho alemán que decía simplemente: «Varsovia o Kovno o Vilna, ha caído en nuestras manos; hemos cogido tantos millares de prisioneros, tantos cañones y cuantas ametralladoras». Punto final, sin el más leve comentario.

(El señor A).—¡Vaya una gracia! Esos hechos no necesitan comentarios y los pequeños avances sí.

—A eso voy: que ustedes llevan tan victoriosamente la guerra que sólo pueden dar cuenta de... lo que necesita comentarios. Ahora mismo lo estamos viendo con motivo de las batallas de Verdun. Los alemanes en cuatro palabras dan cuenta de la situación. El estribillo francés es bien conocido: «Un fuerte ataque alemán emprendido con una o más divisiones—para que luego diga V., señor A, que se han agotado las fuerzas alemanas—ha fracasado completamente gracias al valor etc., etc. Sólo en un punto el enemigo ha conseguido poner pie etc., etc. La derrota del adversario ha sido importante, habiendo quedado el campo cubierto de montones de cadáveres alemanes». Aquí sí que no puede decirse nada entre dos platos; es más bien un emparedado, en que la substancia se oculta entre dos cortezas. Si a V. le parecen bien estas costumbres, a mí me va tan ricamente con las otras.

(El señor B).—Dejen ustedes esas minucias; otros asuntos hay, más interesantes.

—Ciertamente. Reciba V. mi felicitación, señor B, porque han descubierto ustedes el secreto de prepararse eternamente. Eso de la preparación es aún peor que lo del progreso. ¡Señores rusos, franceses, italianos y *tutti quanti*, mátense ustedes en buen hora, mientras yo me preparo! Llegaré a tiempo de darles decorosa sepultura y cuenten ustedes con mi comercio para salvar a los lisiados.

(El señor B).—¡Qué cosas tiene V., don Subrio!

—No en mis días. Esas cosas las tienen los amigos de V. ¡Vaya unos maestros en cabello que han resultado! No les valdrán los yelmos a los franceses, para no quedarse calvos.

(El señor A).—Somos mayores de edad, a Dios gracias, y sabemos lo que nos conviene. No lo olvide

V., don Subrio, porque perdería miserablemente el tiempo.

—Por muchos años. Si no mediaran razones de caridad, no sería yo quien deseara el término de la guerra. Me agradaría presenciar el término de la preparación inglesa y leer lo que escribirá monsieur Barres y demás corifeos dentro de un año. Por encima de todo, me encantan nuestros filósofos de menor cuantía, empeñados en que adoremos a Francia. Si yo fuera ministro veinticuatro horas, sanearía el país con una sola medida.

(El señor B).—Sólo nos faltaba que saliera V. reformador. ¿Qué haría V?

—Una ley de exportación de literatos chirles, hombres de melena, pedantes, presuntuosos y demás eminencias que creen que ellos solos tienen entendimiento y que el resto de los españoles somos tontos. ¿No están tan bien hallados con Francia? Pues ¡a Francia con ellos! Aquí no queremos más que españoles y que se preocupen del interés de España, que está muy por encima de la erudición de Diccionario enciclopédico y de literatura snob, que es la negación de la literatura. ¡Es impertinencia! ¿Por qué no se atienen al dicho de: zapatero a tus zapatos, y nos amargan la vida con sus entusiasmos exóticos?

(El señor A).—¿Cómo revela V. el influjo alemán! Negará V. el derecho a opinar, la libertad del pensamiento, las conquistas de los tiempos modernos a partir de la Revolución francesa...

—Yo no niego nada; lo único que digo es que hay cosas incompatibles con nuestro nacimiento. Atáquese a Alemania y al Indostán, si se quiere, pero no se trate de uncirnos al carro triunfal de nadie. Porque no se trata, no, de que imitemos lo bueno que tiene Francia—y lo mejor que posee es el suelo, que si no es por arte de conquista no sé como lo podremos conseguir—, sino que vayamos a reata de ella y le limpiemos los zapatos. Yo, señor A, confieso, aunque sea orgullo, que no he nacido para limpiabotas.

(El señor B).—Le desconozco, don Subrio. ¿Qué tono tan patético emplea V!

—No hay otro más adecuado. Unas cosas se pueden echar a risa, pero otras no.

(El señor B).—No se preocupe V. Hablemos de cosas menos graves, como del Isonzo, por ejemplo.

—¡Pobres italianos! Me empiezan a infundir lástima. Extraviados en los picos a 3.000 ó más metros de altura y entregados al cultivo de la recuperación de trincheras y a ver cómo vuelan los aeroplanos enemigos. ¡Pobrecillos! ¿Qué caro les cuesta el irredentismo! ¿Recuerdan ustedes aquello de la zarzuela famosa? En Italia hasta los *principes* van *sonando* el organillo por la calle. ¡Dios mío! ¿Qué sucederá después de la guerra? ¿Qué será de la ópera y de la zarzuela sin tenores porque todos habrán quedado afónicos? ¿Qué golpe para el arte! Menos mal si los italianos hubieran deseado la guerra, pero todo fué obra de unos cuantos vocingleros y algún Annunzio, antes de quedarse tuerto. Dejemos a los italianos, que en el pecado llevan la penitencia; permanezcan un poquito más en el purgatorio, a ver si se purifican y olvidan su ascendencia de la Roma imperial.

(El señor B).—Toquemos otros registros: ¿Bélgica?... ¿Serbia?... ¿Grecia?...

—¡Alto, no prosiga V., que pronunciará la palabra fatídica! Aunque no tan desgraciadas como Irlanda, también lo son las naciones que ha citado V. ¡Respetémoslas!

(El señor B).—Verá usted cómo despierto su buen humor. ¿Qué me cuenta usted del Presidente?

—Que compadezco al canciller alemán; yo no tendría paciencia para tratar con un puritano, que por proteger la vida de un par de docenas de viajeros lanzaría su nación a la guerra, enviando al sacrificio a muchos miles de hombres; y aún menos con un profesor que se envuelve en la toga de la justicia y fomenta la fabricación de municiones en su país, para que perezca mayor número de europeos. ¡Se necesita algo más que tupé!

(El señor B, insistiendo).—¿No le ha sorprendido a V. que Kuropatkin, que fué vencido por los japoneses, se crea con alientos para derrotar a los alemanes y que...?

—Nada tan atrevido como la ignorancia, señor B. Prescindamos de los rusos.

(El señor B, sin declararse vencido).—¿Ha leído V. las declaraciones de Alfonso Costa?

(El señor A).—¿Va V. a pasar revista al mundo entero, señor B?

(El señor B).—Me duele que don Subrio esté cariacontecido; no hay motivo para ello, y procuro distraerle. No andan las cosas tan mal que tengamos que ponernos de mal humor.

—Es inútil, señor B. Me encanta V. señor B. V. siempre tan satisfecho y tan contento de la vida. Quien dice V. dice sus amigos; pero esa tranquilidad ¡cuántas tribulaciones, penas, afanes y trabajos cuesta a millones y millones de personas!

(El señor B).—Es la ley de la vida, que nadie será capaz de vulnerar.

—Ni siquiera la satisfacción de V. me consuela, desde que he leído que los alemanes tienen preparada una flota de zeppelines, al lado de los cuales los anteriores son niños de teta.

(El señor B, torciendo el gesto).—¡Habrás visto barbarie! Estoy viendo que los enviarán...

—Con ese exclusivo objeto los han construido: menudear las visitas a Inglaterra. Además, me preocupa la cuestión de las subsistencias. Parece que hay submarinos de más de mil toneladas, que pueden cruzar y repasar el Atlántico, sin repostarse de bencina, y el comercio mundial sufrirá un golpe de muerte. ¿Qué haremos, señor B?

(El señor B).—¿Dónde ha leído V. eso? Me pone V. intranquilo. ¿Más zeppelines y más submarinos! ¿Y el derecho, y las leyes internacionales? Pero ¿qué hacen los neutrales? ¿Se cruzarán de brazos ante los nuevos atropellos de los alemanes? ¿Ha huido del mundo la justicia?

—¿Qué le importa a V? Es la ley de la vida. El que más puede pone el cascabel al gato.

(El señor B).—Pero ¡eso es inconcebible! ¡El mundo entero protestará!

—Creo que no. Dicen que no le interesa más que a Inglaterra, y que ésta responderá al ataque.

(El señor B).—¿No comprende V. que no será posible el comercio?

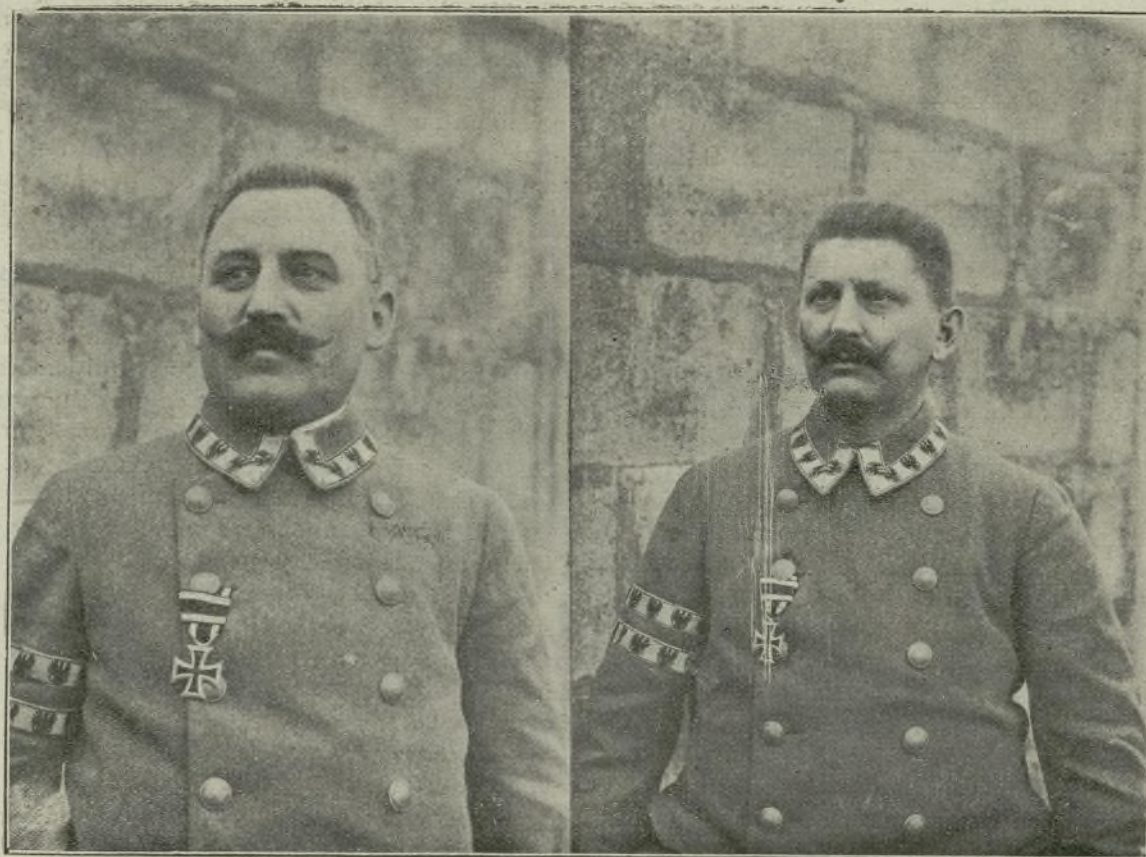
—¡Loado sea Dios, señor B! También V., como los demás, está formado de humilde barro. Se me ha



Un despacho de la correspondencia de los beligerantes, en Ginebra



La entrada en el canal de Suez, del lado de Port-Said



Los dos «chauffeurs» del Kaiser, condecorados con la cruz de hierro



Muchachos polacos aguantando los papeles de música a los músicos militares alemanes

quitado el mal humor. Habiendo Inglaterra, no todo han de ser grandes duques y Annunzios.

SUBRIO ESCÁPULA

## AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

**Lo que me cuenta un teniente.—El desgraciado Ervín.—Las mil ochocientas ochenta y ocho granadas de mano.**

### VI

Somos ocho en el coupé. El viento, al entrar por la ventanilla, extiende, arrebatada y desparrama el humo de los cigarros, no dejando en el espacio más que un olor indefinido de los tabacos mezclados. A la semiclaridad de la tarde empieza a suceder la semiobscuridad del anochecer. A pares aparecen en el cielo centellantes las estrellas. El aire es cada vez más fresco.

Como el humo de los cigarros, empieza a languidecer la animada conversación de los presentes y amenaza apagarse por completo. Tal es nuestro cansancio del caluroso día bullicioso y agitado.

Notando lo doloroso de la situación, empiezo a extender la memoria, como se extiende una red de pescador, para atrapar al pasar un tema propio para nuestra conversación. Pero, como sucede siempre al pescador, los que pasan son tan pequeños que atraviesan la red sin detenerse y los grandes quédanse escondidos en no sé qué profundidades de las turbias aguas del pensamiento. Alguien, sin embargo, habla de granadas. La palabra me llega a los oídos al mismo tiempo que me siento rozado en el brazo por la mano de mi vecino que se la lleva a la boca entreabierta al bostezar. Y como mi vecino de la izquierda es el simpático teniente vienés que me prestara compañía durante el día, por una asociación de ideas acuérdaseme del ofrecimiento que me hiciera de narrarme la historia de las 1,888 granadas de mano de Ervín el ordenanza. La ley universal de la economía de energía impúlsame a hacer uso de su ofrecimiento para entretener a la concurrencia sin trabajo personal mío. Ciertamente que ahora al hacer estos apuntes me arrepiento, pues si aquella noche hubiera hablado un poco, aunque con esfuerzo, no hubiera tenido que desplegar las energías que necesito para reunir en mi memoria los detalles de la historieta. De ahí que no asegure que todo lo que diga lo oí de boca de nuestro teniente, ni que falte nada de lo que él narró con tanta gracia como discreción.

A mi ruego accedió sin más reparo el señor teniente y con menos preámbulos que yo hago, empezó a hablar en esta o parecida manera:

«Cerca de un año antes del principio de la guerra, fui señalado un día por mi superior para acompañar a una señora entrada en años, perteneciente a la vieja nobleza de Hungría. Su marido había muerto poco antes, un hombre recto y enérgico. Su único hijo, un sér de bajos instintos y costumbres corrompidas, parecióle indigno de llevar el nombre sin mancha de la casa. Antes prefirió dejar perecer su estirpe noble, que verla continuada por su hijo Ervín, en la posteridad.

»Un día en que Ervín había cometido una de sus pilladas, sin consideración a su estado de embriaguez que le impedía sostenerse en pie, colocó el buen señor en la puerta de la casa, y por todo acompañamiento para el futuro camino de su vida, le dió un puntapié en el trasero.

»Cuando al despertar de su pesado sueño le contempló la madre desde un balcón saliente, tras de las hiedras finas que la escondían, entonces le vió por última vez. Vióle bullirse en las hiedras y pasarse las manos por los ojos. Le vió incorporarse en su duro lecho hasta sentarse, colocar los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Tras de un instante de recogimiento, como si quisiera evocar recuerdos vagos, vióle ponerse en pie de un salto y, luego, lentamente, retirarse de los muros entre los cuales contempló la luz primera. Caído sobre la oreja el sombrero, abatida la cabeza, las manos en los bolsillos. Como a unos cien pasos de distancia, volvió el rostro lentamente y contempló los viejos muros del caserón medioeval que se cerraba a él para siempre. Y como si aquella vista despertara en él tardíos impulsos de dignidad, irguióse, levantó la frente y con paso recio y decidido caminó hacia lo desconocido.

»Mientras vivió el viejo barón no se pronunció el nombre de Ervín en el solar paterno.

»Todo esto me lo contó empapados los ojos en lágrimas la baronesa, mientras yo tuve el cargo de acompañarla en Viena en las pesquisas infructuosas que llevó a cabo para indagar el paradero de su hijo. Pocos meses después tuve el dolor de saber la muerte de esta mujer incomparablemente buena y paciente, que no pudo sobrevivir a la pena que la seguridad de la pérdida irreparable le causara.

\*\*\*

»Cuando después de haber sanado de la herida que obtuve en Rusia al principio de la guerra, fui destinado nuevamente al servicio, me encontré en una compañía completamente nueva y desconocida. Como ordenanza escogí entre los soldados un muchacho pálido y delgado, de verdes ojos vivos, que deleitaba a sus compañeros con sus chistes y pilladas. Dos veces cambié de compañía y él se ofreció a seguirme; tal era la adhesión que me había ganado.

»En nuestras conversaciones mezclaba siempre episodios de su vida, que me hacía tenerlo por un desocupado de buen humor. Cuando le preguntaba sobre su oficio civil, me respondía: «no soy nada». Vivía «al día» y no tenía «paradero fijo». Acerca de su origen siempre me contestaba con evasivas y su educación e instrucción muy por encima de la de los demás soldados en general, hacía la provenir «de los libros leídos en la casa de un vendedor de ideas (librero), a cuyo servicio había estado.

»Su bautismo de fuego lo recibió en el Dunayez. Un fragmento de granada le hirió ligeramente una mano, sin mayores consecuencias. Una noche tuvimos que rechazar un ataque ruso. La impresión de aquel tumulto fué tan grande en él, la cercanía de la muerte, la vista de la sangre humana y de los cadáveres le impresionó de tal manera, que en la primera ocasión de tranquilidad, resolvió contarme su historia. En un principio coincidía en todo con lo

que la baronesa me había narrado de su hijo, sino que agregaba los detalles sobre su comportamiento, causa de la cólera paternal. Después había recorrido las dos monarquías y parte de Francia, viviendo del prójimo, del juego y de algún trabajo manual cuando el hambre apretaba y se hallaba sin recursos. En el tumulto variado de su existencia, nunca habían preocupado su conciencia los sinsabores que ocasionara a sus progenitores. Sólo cuando estalló la guerra, envuelto en el torbellino de patriotismo que conmovía hasta las más ínfimas clases sociales del pueblo en Alemania, donde a la sazón se encontraba, la idea de patria se condensó en él en la de hogar. Desde la salida de su casa no había tenido en realidad patria alguna, ni se había preocupado de ella. Ahora que, contagiado por el medio, había que escoger una, apareció en su espíritu el solar paterno, el recio castillo feudal de anchos muros ahuecados con pasadizos, con sus almenas y su torre desportillada del lado Sur, con la zanja de defensa crecida de hierbas y de árboles... Y dentro, la figura adusta y severa de su padre, pronto a encolerizarse, que leía en la librería adornada con los retratos de sus antepasados... y apareció el rostro candoroso de su madre, con los grandes ojos verdes, suaves y amorosos, de quien heredara la palidez del rostro y la debilidad orgánica e intelectual, la inclinación por los placeres...

»Reconoció que tenía un hogar y una patria. Apenas entrado en Austria resonó en sus oídos el nombre que le había sido habitual como encarnación de la nacionalidad: «Franz Josef». Y se puso a la disposición de las autoridades militares. De allí empezó la instrucción aquí y allá, hasta que al fin se vio conducido por mí al campo de batalla.

»Siempre había llevado otro nombre. Ahora, que había lavado sus faltas con sangre rusa, podía decirme el de su estirpe.

»A todo esto había yo prestado atención sin articular palabra. Al fin, díjele conocer a su madre. Clavó la mirada en la empuñadura de mi espada un buen rato y luego rodaron dos gruesas lágrimas por sus mejillas pálidas. Luego cogió mi mano con frenesí y me pidió en voz baja, como si temiera cometer una indiscreción, pero con ahínco, que al terminarse la campaña le llevara ante ella y la convenciera de que él era digno de ser su hijo.— Por una debilidad humana inexplicable, no pude ocultarle la muerte de la baronesa. Contra todos mis temores, contuvo en los ojos las lágrimas y las exclamaciones de dolor en el pecho.

»Miró fijamente las pupilas de mis ojos como si quisiera hacerme un reproche, y no dijo nada.

»El capitán se acercó a mí y me dijo: «un hombre que conduzca un automóvil de granadas al frente». Varios soldados acudieron a mi llamada y ya uno se alistaba a partir, cuando Ervín, retirándolo con la mano, me dijo: «señor teniente, ese hombre tiene mujer, déjeme a mí ir». Sus ojos verdes de gato lo requerían con tal fuerza que, a pesar de los peligros que le amenazaban, lo dejé ir.

»Llovía a torrentes. En la obscuridad de la noche sólo brillaban las linternas del gran automóvil de carga. Iluminaban la angosta carretera llena de agua y de lodo. Las ruedas se hundían hasta cerca de los ejes. De nuestro puesto al frente había tres kilóme-

tros de camino pésimo entre cuestras y tajos. El ataque enemigo, aunque improvisado, era bastante serio y sorprendía un tanto a nuestras tropas. En los combates de trincheras se hacían precisas las granadas de mano. Desde las trincheras se había telefonado repetidas veces pidiendo granadas. El momento era angustioso.

»Ervín se puso de un salto sobre el auto y, descubriendo su cabeza, puso en marcha la máquina trepidante. A su espalda llevaba 1888 granadas de mano. Eran las once y media de la noche. Lentamente, con una lentitud desesperante, avanzaba el auto. Al frente, a derecha e izquierda rompían de tiempo en tiempo las granadas enemigas. Una sola que hubiera estallado a veinte metros, a cincuenta, hubiera bastado para volar en un segundo aquel cargamento diabólico. Pero Ervín no se dejaba intimidar por tan poco. ¡Adelante! Su único pensamiento era el camino. Con gran facilidad hubiera atascado el vehículo en la cuneta de la carretera, sin esperanza de llevarlo a sacar más. A eso de la una de la mañana llegó al punto de destino, un pueblecillo, una aldea a cuyas puertas estaban las trincheras. Del pescante saltó el acompañante de Ervín y se introduce por la ventanilla de un sótano.

»Las granadas enemigas parece que tienen por blanco la aldea. Las casas vecinas empiezan a crujir y hundirse, despedazadas. La lluvia sigue azotando la cabellera rubia y la cara desnuda de Ervín. Ervín cierra los ojos. Cinco hombres salen del sótano. Vienen a descargar las granadas. Un trueno seco hace a Ervín abrir los ojos. Es una granada que estalla. Uno de los hombres que salían del subterráneo, desaparece de nuevo. Dos yacen en el suelo. Los dos restantes están heridos. La iluminación fué poca y rápida. Ervín no ve más, pero adivina.

»De un salto está al lado de los heridos. Con cuidado los arrastra y coloca junto a la pared derrumbada. En vano pregunta por el Mayor: sólo le contestan gritos de dolor. Se decide dejar desamparado el automóvil y va a buscar el sótano. Ninguna huella lo conduce al interior. Ninguna luz alcanza a ver. Anda. Busca una luz. Dobla una calle y otra. Al fin una lucecilla opaca le anuncia vida. Entra en otro sótano. «El señor Mayor». Allí está el Mayor, quien de nuevo envía dos hombres para descargar algunos cientos de granadas. Ervín debe volver con el resto. 1888 granadas. ¡Como quien no dice nada! ¡Mil ochocientos ochenta y ocho! Recibe un papel. Además va a llevar seis heridos en su auto al primer lazareto.

»Ervín vuelve al auto y se prepara para regresar. Trabajo ímprobo en aquella calleja estrecha de aldea. Los heridos vienen ayudados por soldados y trepan dificultosamente. Adelante, o, más bien atrás, con bombas y heridos.

»En el lazareto no caben más heridos. «Repleto». Sobran dos. Ervín los carga en su vehículo y se pone de nuevo en marcha, por los estrechos caminos de barro suave.

»De regreso, descarga sus heridos y da parte al capitán. Éste responde: «Ya puedes regresar, acaban de pedir más por teléfono. Fué un error. Hay que ir al extremo sur del pueblo». Al extremo sur, precisamente, donde el combate parece ser más encarnizado, donde Ervín vió estallar tantas granadas. Pero

aquí no valen retóricas. Sin una palabra, como si se complaciera en correr el peligro, brinca y se sienta tras del timón resbaladizo de la máquina. Recibe un nuevo acompañante y en marcha. Otra vez el viejo camino.

»La lluvia es ya menos fuerte. Y, sin embargo, la carretera parece haberse reblandecido diez veces en el transcurso de la noche. Si la lluvia de agua ha disminuído, en cambio la de granadas se ha redoblado. Son los rusos que quieren saludar al nuevo día que ya asoma entre la niebla matutina. Los rusos, que pelean con predilección de noche, saludan con especial placer al día, que trae descanso relativo. Ya está allí la aldea. El auto rueda más aprisa en las calles empedradas.

»Ervín se va sintiendo cansado. Al ver el fin de su ruta, la tensión nerviosa que lo sostuviera alerta, empieza a ceder, porque al fin y al cabo son nervios humanos. Granadas caen sin cesar, frente al auto y a la derecha. El techo de una casa resbala suavemente por los escombros de los muros rotos.

»Luego estalla una bomba cerca, muy cerca. Ervín se encoge involuntariamente y siente la cercanía de su acompañante, rozándolo con la cara en el hombro. Éste arroja un grito de dolor desesperado. Un casco de granada lo alcanzó. Se dobla la cabeza entre las piernas y calla. Luego una nueva explosión, que pasa con mucho en intensidad a todas las demás. Una bomba estalla sobre el auto cargado con 1888 bombas de mano. Todo vuela en el aire. Ervín con ello».

El teniente calla. Nosotros nos vamos levantando uno por uno, dándonos la mano para irnos a acostar, sin decir palabra.

Un ordenanza anuncia en voz alta: «Hasta aquí penetraron los rusos en el valle del Ung, alta Hungría, del 26 al 29 de septiembre».

J. C. GUERRERO

Estío de 1915.

## EL ARMAMENTO DE LOS AEROPLANOS

En un tercer artículo, que publica *The Times*, monsieur Georges Prade, discute cuál es el armamento que debe llevar el aeroplano.

Los aviones de exploración, de observación de artillería y de bombardeo, no requieren llevar un material especial, pero no acontece lo mismo con los aviones de combate. No basta decir que han de dotárseles de ametralladoras o de pequeños cañones, sino estudiar su colocación, la manera de que puedan hacer fuego en todos sentidos y cuál es el modelo más conveniente. Estas cuestiones llegan a influir en la composición y forma del aeroplano.

La primera condición de un aeroplano de combate, es tener suficiente velocidad para obligar al enemigo a aceptar el combate, o para rehuir el encuentro con el adversario si así conviene. A diferencia de lo que sucede en el mar, donde sólo se necesita una velocidad, la horizontal, en el aire se requieren dos, la horizontal y la vertical. Esta última se relaciona con otra consideración. No se trata sólo de la rapidez con que puede ascender el avión, sino también de la altitud máxima que puede alcanzar. Si suponemos dos máquinas, una de las cuales des-

arrolle una velocidad horizontal 10 kilómetros por hora mayor que la otra, pero que no pueda remontarse a más de 3.000 metros, mientras que la segunda llega a 3.500 metros, no solamente el primer avión será incapaz de dar caza al segundo, sino que tampoco le podrá forzar a aceptar el combate en condiciones ventajosas. En la práctica, la rapidez ascensional y la altitud máxima suelen ser inseparables y hay que combinarlas con la rapidez horizontal.

Otra necesidad es que el avión sea muy maniobrero. Lo ideal es un avión pequeño, pero muy poderoso, con no demasiada superficie y presentando poca resistencia al aire. Se aceptan en tal concepto biplanos o monoplanos, con motores de 100 a 150 caballos, la hélice delante y una carga máxima de 200 kilogramos.

Pero si se desea romper el fuego contra otro avión, se necesitan condiciones de un carácter diferente. Es muy difícil, en efecto, batir a un aeroplano en marcha, que puede moverse en tres direcciones y posee iguales medios de ofensa que su perseguidor. La mejor posición para hacer fuego es un poco detrás y algo por encima del enemigo, estando la línea de tiro en la misma dirección del avión y éste en la del enemigo.

Se necesita, para el buen resultado del fuego, conocer la distancia que nos separa del enemigo; la apreciación es difícil, en razón a las velocidades con que marchan los dos aparatos. Si dos aeroplanos vuelan en direcciones opuestas, a la velocidad de 160 kilómetros por hora, lo que da una velocidad combinada de 320 kilómetros, la separación entre las dos máquinas variará en 100 metros por segundo o 500 metros cada cinco segundos, y, por consiguiente, el menor error en la puntería llevará las balas fuera del blanco. Para gozar de las mejores condiciones de tiro, convendría que la hélice estuviera detrás del aparato; si se ha de montar un cañón de gran velocidad inicial de tiro, habrá que aumentar el peso a transportar, porque los cañones de esta clase son siempre largos y de bastante calibre.

Después de una larga serie de ensayos y pruebas, se ha llegado a la conclusión de que la cualidad preferible es la velocidad, tanto horizontal como vertical; y un máximo de facilidad maniobrera, aunque ello obligue a disminuir el armamento o conservar la hélice delante. Todos los ejércitos han fabricado modelos de aviones que cumplen estas condiciones, y como algunos han caído en manos del enemigo, no hay inconveniente en describir a grandes rasgos su disposición. Uno de los primeros tipos fué ideado por el conocido aviador francés Garros, varias de cuyas disposiciones las han copiado los alemanes en sus aparatos Fokker.

Es un monoplano muy ligero, con un solo asiento y una ametralladora que apunta en la dirección del eje de la máquina. El piloto, que va solo, dirige el fuselaje del aeroplano hacia el enemigo y dispara a través de las paletas de la hélice. Para impedir que las balas las destrozaran, se han ideado dos medios: el primero consiste en detener el tiro de la ametralladora cada vez que una paleta entra en el campo de tiro, pero los ensayos practicados demostraron que, como la hélice gira a la velocidad de 1.200 revoluciones por minuto, la ametralladora quedaba casi in-

eficaz. Entonces se ocurrió la idea de acorazar con planchas de acero aquellas porciones de las aletas que pueden ser heridas por las balas de la ametralladora; según cálculos matemáticos, las dos paletas ocupan 20 de los 360 grados del círculo, de suerte que sólo una bala de cada 18 se perdía, por rechazarla y desviarla las corazas de las aletas. Otro sistema, mucho más ingenioso, permite al apuntador hacer fuego por encima del eje de la hélice, que es la posición ideal de tiro, pero el tal sistema no puede todavía ser descripto, porque ha de reservarse secreto.

Los alemanes emplean, en general, una ametralladora paralela al eje del fuselaje. El fuego se dirige sobre la circunferencia del propulsor y se regula desde el asiento del piloto o del observador por un medio mecánico. Los aeroplanos de gran tamaño llevan una especie de plataforma para la ametralladora, que permite disparar hacia atrás y hacia abajo, a través de una ventanilla abierta en la superficie del aparato. Los alemanes han adoptado el mismo sistema, y valiéndose de él dieron muerte a Pégoud.

Los aviatiks alemanes del último tipo, están dispuestos de modo que el pasajero va sentado enfrente del piloto, y mueve rápidamente su ametralladora entre dos correderas paralelas de acero fuera de los extremos del fuselaje. Dos topes impiden que la línea de tiro entre en el círculo de la hélice, que va montada enfrente del pasajero. El sector de fuego abraza casi 300 grados.

Algunos aeroplanos alemanes llevan fusiles automáticos, con una reserva de 25 cartuchos. Los mismos alemanes han conseguido emplear el cinturón flexible con 250 cartuchos. Es probable que la mejor ametralladora para aeroplano sea la que hoy poseen los ingleses con su aparato Lewis.

Cuando se quiere servirse de mayores calibres, o sea de pequeños cañones, la hélice ya no puede montarse delante; al mismo tiempo ha de aumentarse el tamaño del aparato y reducirse su velocidad. Entonces se llega al tiro llamado cañón-plano, que es muy diferente del ametrallador-plano. Todos los ejércitos poseen cañones-planos, que se emplean contra los dirigibles y para cañonear locomotoras. La gran dificultad ha consistido en encontrar un cañón de suficiente velocidad inicial (unos 900 metros) para que la trayectoria se conserve muy rasante hasta la distancia de 2.100 metros, y encontrar una espoleta lo bastante sensible para estallar por el simple choque contra la cubierta de un globo y que, a la vez, no estalle por sí misma en cuanto salga de la boca de la pieza, animada por aquella terrible velocidad.

Mientras muchos de los aeroplanos de los aliados tratan de combatir al enemigo manteniéndose detrás de él, los aeroplanos alemanes, que no hacen fuego generalmente por encima del propulsor, se esfuerzan en adelantar y dejar atrás al avión enemigo y romper el fuego por la espalda. Estos son los principios que regulan los combates aéreos durante el día.

Por la noche no se riñen combates, pero es menester que los aeroplanos se remonten en las tinieblas para dar caza a los zeppelines. Dada la poca velocidad relativa de éstos, no se requiere gran rapidez, pero en cambio ha de poder remontarse a gran altura, llevar proyectores, cañones de regular calibre, cohetes incendiarios, bombas y flechas. Llevará luces de colores y podrá hacer señales eléctricas, para evitar errores que podrían serle fatales, así como para descartar colisiones en la obscuridad con los otros aviones amigos.

## CRÓNICA MILITAR

I. Ojeada general sobre las batallas de Verdun.—II. La ofensiva austro-húngara.—III. La situación el 18 de mayo

### I.—Ojeada general sobre las batallas de Verdun

Atacando las posiciones de Verdun el 21 de febrero, los alemanes se adelantaron a la ofensiva francesa, frustraron el principio de acuerdo a que habían llegado los aliados para ejecutar un esfuerzo simultáneo en todos los frentes, y nuevamente impusieron su iniciativa al adversario. Los tres propósitos han sido logrados, pero ellos en sí mismos no constituyen un éxito de importancia, porque sólo pueden estimarse como preliminares, más o menos obligados, de otra maniobra de más amplitud, que aún no se ha puesto de manifiesto. Es indudable que los alemanes se proponían completar aquellos resultados con una derrota francesa, de tal modo, que las batallas de Verdun, sobre afirmar la situación de los imperiales en los demás frentes, abatieran para el resto de la guerra la fuerza dinámica del ejército francés, el más temible entre los aliados.

Pudo haberse elegido un sector del frente occidental que no fuera el de Verdun, el más poderoso

por sus defensas y el mejor guarnecido. A igualdad de sacrificios, los éxitos tácticos hubieran sido mayores en Champaña, en el Somme o en Artois, que lo fueran en Verdun. Sin embargo, los alemanes escogieron este último punto, que pudo haber caído en sus manos, sin tantos sacrificios como ahora, en agosto o principios de septiembre de 1914. ¿Qué motivos les indujeron a lanzarse contra la parte más sólida de la línea franco-inglesa? En primer lugar, por la situación saliente, amenazadora, Verdun significaba el mayor peligro para el frente alemán; al abrigo del inmenso campo atrincherado, ampliado y robustecido después de declarada la guerra, los franceses podían concentrar un numeroso ejército y todo el material de que pudieran disponer, e intentar una ofensiva en grande escala, apoyada en sus primeras fases por las posiciones ya ocupadas. Según demostraron los combates de febrero, los franceses no abrigan por el momento ese plan, pero podían desarrollarlo más adelante. En segundo lugar, la situación en punta avanzada de Verdun, daba las seguridades posibles al atacante. La ruptura del frente

francés entre el bosque del Argona y Flandes, obtenida mediante el empleo de una formidable masa de artillería, obligaría inmediatamente al vencedor a maniobrar, antes de que sus piezas pesadas ocuparan asentamientos más avanzados; el adversario podía abatirse por derecha e izquierda sobre las columnas del atacante, conteniéndolas de frente con las reservas estratégicas, y, en tales condiciones, se libraría una batalla decisiva de la que dependiera, más que la suerte de Francia, el resultado de toda la guerra. Sin duda, las mismas razones que movieron a los alemanes a replegarse al Aisne y luego a no emprender operaciones en grande escala en el teatro occidental, subsisten todavía, y hay que reconocer que la posición en que se encuentra Alemania es lo bastante ventajosa para no arriesgarla al resultado de una sola batalla. Atacando a Verdun, este peligro se salvaba. Si el defensor era derrotado y perdía sus fuertes del N., desde el Argona y desde Saint Mihiel, sería fácil coronar la victoria con una maniobra envolvente, que impondría la evacuación de toda la línea, hasta el Somme, y tendría los caracteres apetezados de triunfo indiscutible. No significando este éxito ruptura del frente enemigo, sino conquista de uno de sus apoyos extremos, el retroceso general de los franceses se obtendría sin exponerse a riesgos inevitables. En otro concepto, no era muy de temer un fracaso, porque Verdun estaba rodeado según un arco de más de 180° y cabría siempre un ataque de flanco que paralizara el avance del vencedor.

Habían incurrido los franceses en la imprevisión de no mejorar las comunicaciones que enlazan Verdun con el interior del país. La espléndida red de caminos y vías férreas que hay en Francia, permiten la rápida concentración de todas las reservas en el punto amenazado, sea éste el Argona, la Champaña, Soissons, el Somme o Artois; pero Verdun se encontraba en un caso más desfavorable, en parte, por ser el extremo de la línea, y en parte por la excesiva confianza de los franceses, que no admitían la posibilidad de que el adversario atacase el punto más fuerte y mejor guarnecido. Una sola vía férrea une a Verdun con el interior; insuficiente a todas luces su rendimiento para cubrir las necesidades impuestas por la lucha, ha sido menester acudir a incesantes convoyes de automóviles y emplear muchos miles de soldados en la reparación de las carreteras, para que no se interrumpa la circulación por ellas.

Ha de verse, pues, en el ataque a Verdun, una finalidad eminentemente preventiva, más que de tendencia positiva. Sin excluir la posibilidad de que cayera la fortaleza, los alemanes no se forjaban ilusiones. Al empeñar la acción, el 21 de febrero, trataban de apoderarse de todo o parte del terreno exterior, dislocar la formación francesa en todo el frente y descongestionar de tropas enemigas los sectores que reputaban más peligrosos. El esfuerzo principal se encomendó a la artillería pesada, única capaz de abrir camino a la infantería en una guerra de esta clase.

Del 21 al 26 de febrero, los éxitos superaron a las esperanzas. Desprevenidos los franceses y batidos por un huracán de acero, el avance alemán fué realmente triunfal; no sólo el terreno de vanguardia con sus numerosísimas obras de defensa, sino uno de los me-

jores fuertes, el de Douaumont, cayó en sus manos. Del 26 al 28 de febrero, la suerte de Verdun pendió de un hilo. A su salvación contribuyeron tanto los actos de los franceses, como la falta de preparación de los alemanes. Estos—el lector va a verlo confirmado enseguida—no esperaban el éxito logrado; si lo hubieran presumido, en Verdun ondearía el pabellón alemán hace dos meses y medio.

A los momentos de pánico y a la retirada en desorden, sucedió en el campo francés la acción de una mano de hierro. ¿Cuál era el mayor peligro que se cernió sobre Verdun el 26, 27 y 28 de febrero? No la pérdida del fuerte de Vaux o de algún otro; lo verdaderamente grave era la derrota, y en parte, el apresamiento del ejército francés. Si del 23 al 28 de febrero un segundo ejército alemán hubiera avanzado resueltamente al N. de Saint Mihiel, las tropas de Verdun, expuestas a ser cogidas entre dos fuegos, hubiesen evacuado a toda prisa la fortaleza, dejando abundantes girones de sus masas en manos del vencedor. Pero los alemanes no creían que los primeros avances fueran tan fáciles ni tan amplios, y no llamaron a la región de Verdun todas las tropas indispensables para recoger un éxito decisivo; pudieron haberlo hecho, porque a la sazón nada tenían que temer de Rusia y estaba ya aplazado o descartado el ataque a Salónica.

El general Petain, apenas llegado, adoptó simultáneamente dos disposiciones acertadísimas. Las reservas disponibles fueron lanzadas contra Douaumont, y se entabló una vivísima lucha en el fuerte y pueblo de Vaux, que puso término al que parecía irresistible avance del vencedor. Sin preocuparse por el momento de su izquierda, volvió su atención a la derecha; abandonó los llanos del Woewre, haciendo retroceder sus líneas a los altos del Mosa, con lo cual, acortándose el frente, la densidad de ocupación fué mayor, y las posiciones del llano quedaron substituidas por las más fuertes de las alturas. De esta manera, se anticipó el general Petain al ataque envolvente; de él desistieron los alemanes cuando, tanteada la nueva línea, se persuadieron de su fortaleza y comprendieron que había pasado ya la oportunidad de la maniobra.

Pero la moral del soldado francés estaba todavía decaída, y las ventajas alcanzadas al N. de Verdun se prestaban a extenderlas al otro lado del Mosa. Entonces se pronunció la ofensiva alemana en la margen izquierda del río. Las primeras posiciones fueron tomadas, con gran número de prisioneros, aunque no tan rápidamente que no diera tiempo al defensor para enviar reservas en esa nueva dirección. Poco a poco disminuyó la intensidad de la batalla, y a la refriega general han sucedido, hace más de dos meses, los combates episódicos.

A primeros de marzo pudieron los alemanes interrumpir su ofensiva, lograda la finalidad que deseaban. Es probable que la hayan continuado para obtener el mayor provecho posible de la concentración de su artillería pesada, así como para asestar el golpe de gracia a la capacidad ofensiva del ejército francés durante los meses del verano.

Llegamos a la conclusión de que los primeros asombrados de los éxitos iniciales, fueron los alemanes. De haberlos presumido, un empuje ejecutado por ocho o diez divisiones al N. de Saint Mihiel,

hubiera hecho caer la fortaleza, que a últimos de febrero se tambaleaba. De donde se infiere que la concentración de tropas alemanas en Verdun, no ha sido nunca tan grande como insistentemente se ha dicho. Bien patente está que el ofensor sólo ha dispuesto, o por lo menos sólo ha empleado, las masas estrictamente indispensables. No se ha repetido aquí la maniobra empleada con tan buen resultado contra las fortalezas rusas, y como no cabe atribuir a ignorancia esa diferencia, ni tampoco puede alegarse en serio la pretendida debilidad del ejército alemán, ha de concluirse que el objetivo era otro, más modesto, ya señalado. Pudiéndose acometer de revés una fortaleza, sería locura empeñarse en conquistarla de frente; los alemanes han demostrado que conocen perfectamente el método, para que sea cuerdo suponer otra cosa.

En lo que atañe al efecto moral, las consecuencias no son tan favorables a los alemanes. Los técnicos podrán apreciar con claridad lo sucedido, pero el pueblo no ve más, y es lógico, sino que Verdun ha sido atacada y no conquistada. Cerca de cuarenta mil prisioneros han hecho los atacantes, muchas y fuertes posiciones han cambiado de dueño, con Douaumont está forzado el recinto de fuertes, no es capaz casi todo el ejército francés de poner definitivamente término al avance del invasor...; esto, y algo más, es cierto. Con todo, en Verdun no ha dejado de tremolar la bandera francesa. Un resultado equivalente en otro lugar del frente, hubiera aparecido ante la opinión general con todos los caracteres de una victoria indiscutible, aunque sus repercusiones sobre la marcha general de la guerra fueran menores; en Verdun no se han cumplido los requisitos que han de acompañar a un triunfo táctico brillante. De consiguiente, el mando alemán se hubiera hecho acreedor a mayores alabanzas si, en lugar de proseguir la batalla, la hubiese interrumpido a primeros de marzo; las ventajas ganadas en los dos últimos meses, y que la opinión francesa tiene derecho a interpretar como manifestación del deseo de apoderarse de la plaza a toda costa, no compensan el efecto moral que el general Petain puede envanecerse de haber logrado. En este concepto los alemanes no están en el caso de cantar victoria.

Finalmente, los que tan duros han sido para las plazas fuertes, atribuyéndoles culpas que sólo correspondían a los ejércitos, habrán de reconocer que Verdun ha salvado por segunda vez a Francia de una inmediata derrota. Sin los fuertes y baterías del campo atrincherado, el general Petain no hubiera llegado a tiempo de conjurar el peligro en que parecía iba a hundirse su ejército.

Verdun seguirá ocupando la atención pública hasta el día que se inicien operaciones de más importancia; pero la situación es tan delicada, que cualquier descuido de los franceses podría dar lugar a que la eterna batalla tuviera un fin rápido y decisivo.

## II.—La ofensiva austro-húngara

Los anuncios de una concentración de tropas austro-húngaras en el Tirol, se han confirmado. Como la noticia era de procedencia italiana, su segunda parte, no por callada menos sabida, es que tam-

bién los italianos han reforzado su ejército del Oeste, y como consecuencia es muy posible que se produzca un desequilibrio, bien en el centro de la línea, ya en el Isonzo, que invite al beligerante más fuerte a entablar la batalla. De suerte, que los combates que se están desenvolviendo en el Tirol pueden tener su complemento en otro sector. A diferencia este teatro de los otros dos—francés y ruso—se presta por su configuración topográfica a grandes maniobras de flanco, lo cual explica por qué la región actualmente ocupada por el ejército italiano, regada por los últimos ríos que hay al N. del Po, ha sido testigo de tantas campañas y en ellas han cimentado su fama no pocos grandes capitanes.

A raíz de intervenir Italia en la guerra, escribí, el 27 de mayo de 1915, que el primer deber de los italianos era organizar una buena línea defensiva desde Brescia, por Verona y Padua, a Venecia, cubriendo perfectamente el Adigio, y maniobrar en el Véneto «si una rápida marcha hacia Trento y el alto Adigio no da resultado, como es de suponer». Este ha sido, en líneas generales, el plan adoptado por el general Cadorna, con la diferencia de que mantuvo fuertes contingentes en el extremo del Trentino, en situación insegura, en vez de limitarse a vigilar y defender las salidas. Este exceso de previsión puede ser contraproducente y costar caro a los italianos, como se verá después.

Añadí que el valle del Adigio estaba llamado a ser teatro de combates de importancia, por su situación central y flanquear todo el Véneto, y manifesté que si los austro-alemanes disponían de fuerzas suficientes, avanzarían con preferencia de N. a S., tratando de adueñarse de la línea del Adigio. Finalmente, anuncié que la intervención de Italia no modificaría el estado de la guerra en los otros teatros, y que los Imperios centrales no se lanzarían contra Italia sin antes ocupar «por lo menos la línea del medio Vístula y asegurar la Bukovina, para oponer un valladar natural a todo ataque de Rusia; si logran este objetivo y rompieran la línea defensiva del Niemen, podrían pensar en interrumpir su actividad en este teatro, para concentrarla en Italia». Esta condición previa se ha cumplido hace mucho tiempo, y por consiguiente ha podido prepararse sin prisas la campaña contra Italia. Resulta de lo que expuse en aquella *Crónica* que el Trentino y el S. del Tirol son las zonas naturales de ataque de los austro-húngaros, y el Isonzo la mejor para los italianos. Fracados éstos en su tentativa de abrirse paso al E. del Isonzo, pero concentrado allí el grupo principal de fuerzas, es claro que se presenta una razón circunstancial a los austriacos para emprender una segunda acción en la meseta de Doberdo, si la fortuna les favorece en el Trentino.

El primer año de guerra en este frente ha demostrado la impotencia ofensiva de los italianos y la invulnerabilidad de las líneas austro-húngaras, lo cual, unido a las victorias en Serbia, Montenegro y Albania y a la retirada de los italianos a Vallona, ha puesto la superioridad moral en manos de los austriacos.

Al iniciarse la ofensiva de éstos, la situación del ejército italiano, de un modo general, es la siguiente. La masa principal en el E., en el valle del Isonzo, en excelentes condiciones para repeler un ataque de

frente, por prestarse el terreno y los ríos al movimiento de las reservas y a la cooperación de los diferentes cuerpos de ejército. Dueños son también de los más de los pasos de los Alpes Cárnicos y de algunos, no los menos importantes, del E. del Trentino, pero sin haber podido desembocar desde ellos. Contenidos a la altura de Riva y Rovereto en el Trentino, ante las primeras posiciones atrinchera- das de los austriacos; y empeñados en inútiles combates de montaña en la cadena montañosa que forma la frontera occidental del Tirol. Esta situación, creada por la gran duración de la guerra y por el resultado indeciso de los combates, que movían a los italianos a ir extendiendo su actividad a derecha e izquierda de los puntos tanteados, se ha producido probablemente, contra la voluntad del general Cadorna, y de ella se ha originado una excesiva dispersión de fuerzas. En lugar de obrar con las masas concentradas en los puntos convenientes, se ha ido repartiendo poco a poco la presión en toda la línea, bien que la masa principal esté en el Isonzo y en el S. del Trentino la que le sigue en importancia. No es así como empezó a desarrollarse el plan de Cadorna, ni esto tampoco es lo que conviene a los italianos, porque, hay que repetirlo, no existe paridad entre este teatro y los demás.

Si el Véneto se presta a una enérgica y provechosa defensa contra los ataques directos que podrían emprender los austriacos desde el Isonzo, el bajo Trentino, en cambio, favorece poco a los italianos. Los valles bastante encajonados, corriendo en general de N. a S. E., dan a los austriacos la ventaja del terreno dominante, la de contar con fortificaciones y puntos de apoyo en caso desgraciado, y la de poseer la línea interior, servida por un ferrocarril central y otros radiales. Lo peligroso de la situación italiana se pondría plenamente de manifiesto si los austriacos obtuvieran una victoria, porque la retirada en aquellos valles se trocaría fácilmente en retroceso desordenado, tanto más funesto y de más trascendencia cuanto más numerosas fueran las fuerzas del derrotado. Por este motivo parecía más indicado el mantenerse a la expectativa en la línea Rivoli-Basano, sin internarse en el Trentino, una vez demostrada la inutilidad, que era de prever, de una rápida y victoriosa marcha hasta Trento. Es de creer que el general Cadorna ha permitido que sus tropas del bajo Trentino hayan permanecido tantos meses en la posición peligrosa y delicada en que se encuentran, por razones políticas, tendiendo a llevar al país la impresión de que su ejército se encontraba, casi en toda la línea, en territorio enemigo.

Eran menester las consideraciones que preceden, para hacerse cargo con claridad de los acontecimientos que han comenzado a desarrollarse en este teatro.

El día 16 comenzó el ataque emprendido por el ejército austro-húngaro. Sirve de base al avance la línea formada por la dirección Rovereto-Trento, y se desenvuelve en dirección general S. E., aunque los cuerpos de las alas se mueven hacia el S., el de la derecha, y hacia el E., el de la izquierda. Todas las posiciones italianas de primera línea fueron conquistadas del primer empuje y la misma suerte han corrido las de la segunda. En tres días de batalla han caído en manos de los austriacos, mandados por

*Imp. Castillo.—Aribau, 177.*

el archiduque José Fernando, más de 10,000 prisioneros, sin contar un general y 161 oficiales, 61 cañones y 51 ametralladoras. Estas cifras dan a comprender la gravedad de la derrota italiana.

Prematuro es todavía señalar el verdadero objetivo de la ofensiva austriaca, si bien parece que se propone desembocar en el Véneto siguiendo el valle del Terragnolo como línea central. En este caso, se cogería de revés al ejército italiano desparado en la frontera del N. y se evitaría el choque con las masas italianas que hay en el Adigio. No cabe, empero, aceptar enteramente esta hipótesis, porque la posición central ocupada por los austriacos y el ejercer presión en todos los valles laterales al del Terragnolo permitiría llevar en otro sentido las operaciones. Estas son sin duda graves para los italianos, toda vez que si no se detiene el avance de los austro-húngaros tendrán que rectificar los italianos toda su línea de batalla, y en los movimientos que se produzcan se presentarán ocasiones para reñirse batallas importantes que apresuren la decisión. Estamos todavía en el período preliminar y no conviene anticipar juicios, ni hacer vaticinios que muy bien quedaran sin realizar.

### III.—La situación el 18 de mayo

Las tropas rusas de Persia se mueven hacia la frontera turca, amenazando Mosul y la alta Mesopotamia; las fuerzas turcas de Kut-el-Amara están en marcha hacia el N., de suerte que si el invasor no detiene su movimiento, pronto tendrán lugar sucesos de interés. En Armenia, parece que el ejército ruso, apoyándose en su derecha, en la región de Trebisonda, empuja adelante su centro e izquierda, tendiendo a establecer la unidad de acción, ya que no el enlace, con el ejército de Persia. Al parecer, fuerzas turcas importantes se están reuniendo en el centro, al S. de Erzerum.

Nada ha ocurrido en Egipto, Mesopotamia y Albania. En la Macedonia griega, ha habido algunos combates entre los aliados y los germano-búlgaros. Más que preliminares de una campaña formal, esos encuentros tienen el carácter de diversiones con las que cada bando procura atraer la atención y fijar a su rival. Esto interesa más a los aliados, que se han dado ya cuenta de la falsa posición que ocupan en Salónica, privados de intervenir en las operaciones que se avecinan en los teatros principales.

En el frente occidental, los alemanes han tanteado en diversos puntos la línea británica, obteniendo pequeñas ventajas parciales, que hacen creer que no es tan fuerte aquella como lo era tres meses atrás. Es muy posible que esa actividad alemana no persiga otro fin que el afirmar más aún a los ingleses en su actitud defensiva.

En el sector de Verdun no se ha interrumpido la actividad de la artillería, pero no se registran combates de importancia. En general, contraatacan los franceses, sin resultado. Los partes oficiosos no cesan de anunciar un próximo esfuerzo de los alemanes, anuncio que bien pudiera obedecer a justificar la pasividad, en conjunto, del defensor, mucho más fuerte en número que el ejército alemán.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

19 de mayo de 1916

**Derechos reservados**